

EDUARDO DOMÍNGUEZ

por Hugo Rafael Fernández¹



Conocí a Eduardo hace 45 años, en el inicio de mi carrera de biólogo en la UNT. Él había ingresado un año antes, pero en una facultad “chica” -como era la recientemente creada Facultad de Ciencias Naturales a comienzos de los años setenta- por lo que había muchas chances de conocernos todos. Sobre todo, porque había una costumbre instalada para que los recién ingresados participáramos de campamentos inmersivos -diríamos hoy- para familiarizarnos con los aspectos de la vida de campo tan ligada a la carrera y a la facultad toda. Eduardo formaba parte del grupo de estudiantes mayores que organizaban estas experiencias que incluían además documentales proyectados en el anfiteatro que encarnaban una mística convocante. Desde el primer momento me impresionó su aura de joven promesa, con una energía casi eléctrica. Con una intensidad contagiosa de la que terminábamos participando casi sin darnos cuenta. Eran tiempos difíciles y asfixiantes en la que todos éramos sospechosos y en los que transcurríamos por un extraño callejón de silencios y preocupaciones.

Con el tiempo, y concluida mi formación básica, volví a encontrarme con Eduardo, quizás al regreso de alguno de sus viajes al exterior en el ámbito de un congreso de entomología finalizando el siglo XX.

Ahí decidimos encarar un proyecto de magnitud por la crisis ambiental que se percibía a mediados de los noventa y fundamentalmente preocupados por la situación de nuestro río Salí. Un subsidio de una desaparecida fundación nos alentó y consolidó un proyecto que nos llevaría a que la investigación básica se pudiera aplicar, no sin algunas pruebas y errores. El entusiasmo de Eduardo fue clave en esos primeros pasos sin mucha referencia local y por su compromiso con las causas nobles como el ambiente. Fue un líder a seguir en proyectos ambiciosos.

Como docente convencido y dedicado hizo toda la carrera mediante concursos, mientras organizaba como profesor a cargo los cursos multitudinarios de una asignatura de primer año. Siempre maravillado por la biología animal, dedicaba su empeño tanto en el armado de cada clase como en conseguir material

biológico para ilustrar los prácticos. Nunca dejó de participar en las comisiones institucionales que lo requirieran, en los que aporta su mirada crítica y sagaz.

Siempre puse atención a los consejos de Eduardo que, junto con los de mi director de tesis, me marcaron. Fue Eduardo el que insistió en que realizara una experiencia formativa en el extranjero aprovechando el evento en Tafí del Valle que conducía Eduardo y donde, a instancias suyas conocí al que sería mi director en la Estación Biológica de Montana, Estados Unidos de América. Fui afortunado en ganar una de las becas posdoctorales en el año 2000 ¡para ejecutar en el dramático año de 2001! Pude realizarlo porque Eduardo se ocupó de la cátedra a mi cargo entre 2001 y 2003. Siempre se podía contar con él, especialmente si ayudaba a la formación profesional, porque él afirmaba que cuando alguien se formaba nos beneficiábamos todos. Recuerdo esa postura y también su sentido de humor, agudo, irónico, que terminábamos no pocas veces riéndonos a carcajadas.

La creación del Instituto de Biodiversidad Neotropical (IBN) de doble dependencia UNT/CONICET fue su gran obsesión. Nunca bajó los brazos en una empresa que muchas veces tentaba al desaliento y abando-

no. Creyó en ella y sobre todo sintió que becarios, estudiantes e investigadores, necesitábamos un espacio común y cómodo para trabajar y continuar el desarrollo “del grupo”. No fue fácil gestionar un espacio y mucho menos el financiamiento para infraestructura. Finalmente se hicieron las obras mínimas para trasladarnos, que coincidieron con la llegada de vehículos tramitados gracias a su perseverancia, equipos ópticos y mucho más. Esos primeros momentos de institucionalización y consolidación del grupo no se olvidan. Su apoyo fue determinante para que yo encarara un proyecto de

gestión en el decanato de la facultad y fue emocionante que él, como consejero en función de vicedecano subrogante, fuera quien me tomara juramento un día de mayo de 2018. Su participación fue un impulso extra para los momentos de duda en un proyecto que encarnó preocupaciones, incertidumbres, y que incluyó la pandemia de COVID 19, con cuarentena incluida. Las publicaciones de Eduardo hablan por él en su seriedad, inteligencia y minuciosidad envidiable que, acompañada de un entusiasmo a toda prueba, lo convierten en actor importante de la institución universitaria de la que

es un escudero ineludible. Pero también es crítico de la Institución a la que ama y a la que sus dirigidos continúan aportándole con una clara impronta de compromiso y capacidad. Consecuente, estricto y generoso lo resumen para mí al final de un rápido trazo sobre su trayectoria académica y científica que él desmenuza en su reseña.

■ NOTA

1 Instituto de Biodiversidad Neotropical
www.ibn-conicet.gov.ar
hrfe@csnat.unt.edu.ar